

CUANDO en 1871 estalla en París la violencia de la Comuna, un español, el creador del periodismo gráfico contemporáneo, Daniel Urrabieta Vierge, captó del natural las estremecedoras imágenes de uno de los acontecimientos más importantes de la Historia.

Español, con gotas de sangre francesa, fue Daniel Vierge. Su padre, Vicente Urrabieta Ortiz, dibujante y grabador en madera, trabajó mucho para las revistas ilustradas que se publicaron en España en el siglo XIX, singularmente para «El Museo Pintoresco», fundado por Mesonero Romanos. Su madre, Juana Vierge de la Vega, fue hija de un soldado de Napoleón que llegó a Madrid con las tropas de Murat y que luchó en las trágicas contiendas de la Puerta del Sol y del Parque de Artillería.

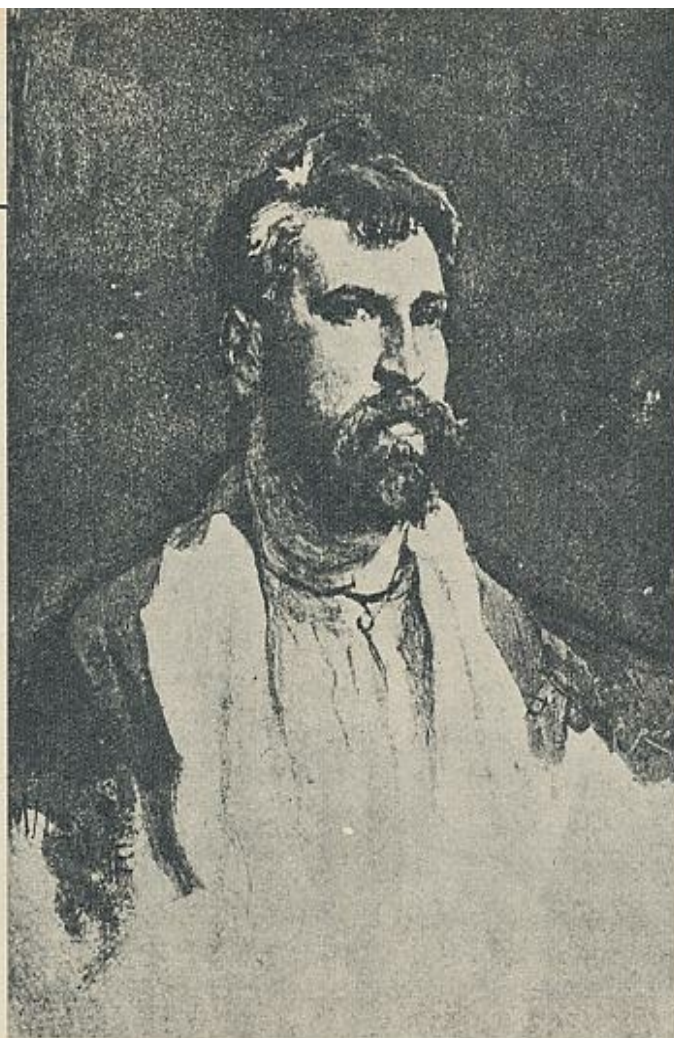
Este soldado francés, abuelo materno de nuestro dibujante, estuvo al servicio del general Hugo, y acompañó por las calles de Madrid, como custodio de un preciado tesoro, al hijo del general invasor, el futuro Víctor Hugo.

Fracasado en su reinado José Bonaparte (el «Rey Plazuelas», porque quiso urbanizar el angosto recinto de la capital de España), los franceses abandonaron Madrid. Pero el soldado Vierge no siguió a su general. En Madrid, contrajo matrimonio con una española, y de este matrimonio nació la madre del dibujante.

Daniel Vierge nació en 1851. En su educación influyó el ambiente afrancesado de su hogar y se sintió atraído por la gloria del creador de «Hernani» y por la epopeya napoleónica, así como por los cuadros de Velázquez y Goya, que su padre reproducía, y por las canciones francesas, que su madre entonaba evocando la patria de su abuelo... El niño revela pronto unas aptitudes sorprendentes: a los cuatro años dibuja con rara precisión imitando a su padre. Años más tarde asiste a las clases de Federico Madrazo y de Haes. Allí encuentra, como compañeros, a Pradilla, Villegas y Martínez Rico. Sin embargo, es la vida humana lo que necesita llevar al lienzo, y la busca en los cuadros de Goya y en las plazas y suburbios del pintoresco Madrid que gobierna Narváez.

Al cumplir los diecisiete años ha triunfado la revolución en la bahía de Cádiz y en el puente de Alcolea. La Reina ha emigrado con la mayor parte de la aristocracia. La vida se hace difícil en el hogar del artista Vierge. El ensueño de París, de una vida más amplia, de un triunfo más glorioso, resurge como si viviera aún el abuelo, el viejo soldado de Napoleón y cuidador de Víctor Hugo.

Al fin, en 1869, se decide la mar-



DANIEL VIERGE RENOVADOR DE LA ILUSTRACION MODERNA

cha. La familia se instala en una modesta casa de la rue Blanche. Daniel cuenta entonces dieciocho años, un valor fuera de serie y una confianza ciega en su talento y en su triunfo. Pero París no está menos conturbado que Madrid y la vida para los artistas no inscritos en el protectorado de las Tullerías no encuentra ninguna facilidad.

Vierge, sin embargo, no se siente inclinado al fracaso. Si en el Louvre no ha encontrado los maestros que busca, los encuentra en las plazas, en los bulevares, en los muelles del Sena. Cada mañana, con su carnet de notas, recoge un prodigioso caudal de apuntes y bocetos, iniciando así la obra que le haría famoso.

Un día, Daniel contempla asombrado los grupos que corren y vo-

cean, que agitan banderas y entonan el excitador canto de «La Marsellesa»... Es la guerra, es la revolución. Y es este día cuando Daniel Vierge copia la marcha y el avance de aquel pueblo enloquecido y vengador, iniciando su impresionante reportaje gráfico de los sucesos de Hugo.

Sorprendido por Charles Iriarte, cronista de «Le Monde Illustré», en su actitud de dibujar los acontecimientos revolucionarios, le expuso su proyecto de reproducir la actualidad tal y como se le iba ofreciendo día a día, venciendo las dificultades y los riesgos que pudieran ofrecérsele. Conquistó así un puesto en la Redacción de la revista.

Hasta entonces, los dibujantes y grabadores de las revistas ilustra-

das francesas «componían» imaginativamente la actualidad, a que el público comenzaba a aficionarse. Daniel Vierge fue el primero que copió el suceso del natural, creando así, en realidad, el periodismo gráfico contemporáneo, que los dibujantes de «Le Monde Illustré» supieron estimar en todo su valor. Historió, así, las más brillantes escenas de la Revolución, el cerco de París, la entrada del Ejército prusiano, las negociaciones de Versalles, etcétera. Cuando se restableció la paz, Daniel Vierge era el dibujante más famoso de Francia.

Con la paz retornó Víctor Hugo a París, en la aureola de profeta. Daniel Vierge fue a recordarle sus paseos por Madrid, pero su arte ya había conquistado el corazón del gran poeta. «Me habéis conmovido muchas veces con vuestros dibujos», le dijo abrazándole. Desde entonces le prodigó una sincera amistad. Fruto de esta unión fueron las ilustraciones de Vierge para la edición de lujo de «L'année Terrible», que mereció los más grandes elogios de la crítica. «Vierge, el único ilustrador de la hora presente»... dijo Goncourt. «Es Durero, que resucita...», proclamó un comentarista en «Le Temps».

Michelet le encargó la ilustración de los diecinueve volúmenes de su «Historia de Francia y de la Revolución», y Víctor Hugo le pide dibujos para «El hombre que ríe» y «Los trabajadores de mar».

No obstante, su triunfo en Francia, su casamiento y, quizá, hasta su nueva nacionalidad, Vierge no olvida su procedencia. Con frecuencia, en «Le Monde Illustré», compone cuadros reproduciendo actualidades y escenas españolas. Por su iniciativa, un editor se dispone a lanzar una traducción de «El gran tacaño», título que traduce por «Don Pablo de Segovia». Para hacer los dibujos de esta obra, Vierge se trasladó a España, visita el Prado y recorre con parsimonia las ciudades castellanas.

Sus ilustraciones son dignas de Quevedo. El éxito de «El gran tacaño» repercute en Inglaterra, donde se reproduce la edición, e incita a otros editores a proponerle la ilustración del Quijote, idea que Vierge acoge con entusiasmo. De nuevo en España, recorre la Mancha, sigue el recorrido del héroe de Cervantes, intentando oponer a la improvisación de Gustavo Doré una evocación cierta del ambiente, de la Naturaleza y de la gente.

Fue una lástima que la suerte no le acompañara para realizar la que hubiera sido su gran obra. Una hemiplejía clavó su garra traidora en aquella indomable naturaleza, dejándole paralizado medio cuerpo e inmovilizada su mano derecha. Perdió, asimismo, el habla y hasta la noción de su propia personalidad.

JOSE ESTEBAN

Los médicos desesperaron de toda curación.

Quedó, sin embargo, viva, en su destrozado organismo, la voluntad. Vierge comenzó entonces una lucha titánica para adiestrar a la mano izquierda en el dibujo. Dos años después del grave percance, nuestro pintor, hemipléjico, mudo, recobró el pleno dominio de su vigoroso trazo, sin que nadie pudiera advertir diferencia entre sus anteriores composiciones.

En 1889, un Jurado que presidía el pintor Meissonier le concedió la medalla de oro y le propuso para la obtención de la Legión de Honor. Días después, el 5 de julio, los artistas franceses le homenajeaban con un banquete. Vierge, con vigo-

roso esfuerzo, sólo pudo balbucear: «Merci».

Edmundo de Goncourt expresó toda la tragedia de este artista en un celebrado artículo. «¡Qué desgracia, esta muerte de la mitad de él mismo y ciertamente de algo de su talento, cuando iba a hacer un tan bello, un tan original, un tan español Don Quijote!», decía el novelista francés. Y tenía razón. Vierge conservó en Francia su temperamento español. En pleno éxito le atraen los temas españoles, la literatura española y los sucesos políticos de la Península, haciendo más por su Patria, con sus ilustraciones de «Don Pablo de Segovia», «La monja alférez», «La española» y «El último abencerraje», que los embajadores en París, desde Olóza-

ga a Albareda, que representaron a España en aquellos cuarenta años. Asimismo, el dibujo premiado en la Exposición tenía tema español, «El Viático en Madrid», y de lo que hubiera sido el «Quijote», cuya ilustración preparaba, dan idea los apuntes que recogió por la Mancha y que un editor galo publicó con el título «Au pays de Don Quichotte».

Vierge trabajó febrilmente hasta su muerte en 1904, cuando realizaba un añejo. Dejó publicado enero y febrero y dibujado marzo, que se estima como su última obra.

Celebrado por los intelectuales franceses, admirado por José María Heredia, comparado por Apeles Mestres con Durero, heredero del arte de Goya, renovador de la mo-

derna ilustración, narrador de los acontecimientos de la Comuna e historiador que dio vida minuciosa a tantos y tantos textos literarios, Daniel Urrabieta Vierge murió olvidado por los españoles en la capital francesa. Como Picasso, como antes y ahora tantos otros, Vierge encontró patria más allá de nuestras fronteras, perdiéndose para la suya la totalidad de su valiosa obra. ¿Dónde ha ido a parar ese tesoro artístico? El municipio de París posee en el Petit Palais algunas colecciones. En el Museo de Bellas Artes de Ginebra está «El mercado de puercos en Filipinas», y la Galería Nacional de Melbourne muestra con orgullo originales utilizados para el «Don Pablo de Segovia» y



Cuatro dibujos de Daniel Vierge: «Enero», «Borrasca en la plaza de la Concordia», «La siesta» y «Una capea en Pinto».



«La batalla de San Quintín». El resto es hoy de ignorado paradero.

Pero ni el Gobierno español ni el Ayuntamiento de Madrid (de donde era natural), se preocuparon lo más mínimo por traer a nuestros museos las obras de Vierge, lo que no hubiera sido difícil en aquellos momentos (1).

Hoy, 1973, han transcurrido ya muchos años de la muerte de Vierge, y su gloria se ha convertido totalmente en francesa. Ni los artículos de Luis Bello, ni un folleto sobre su vida y obra de Dionisio Pérez contribuyeron a remediar la situación, y las palabras de este último, tan actuales, cayeron una vez más en el olvido. «¿Dónde hay hombres que quieran contribuir a renaclar la obra prodigiosa de Daniel Urrabieta Vierge?».

(1) Recientemente, el Ayuntamiento de Madrid ha puesto el nombre de Daniel Urrabieta a una calle de la capital.